

CAPÍTULO II

LOS DOS REINOS (955-720 ANTES DE J.C.)

Ocaso político de Israel

Resultó un gran rebajamiento de la división de un reino, ya de por sí pequeño, en dos Estados rivales. Perdiéronse todos los adelantos conseguidos en los tiempos de David y Salomón. Aniquilóse o poco menos, la influencia exterior de Israel e incluso su fuerza defensiva se debilitó. Si hubiera podido existir un pacto duradero entre ambas fracciones, habría sido mucho menor el daño; pero la guerra entre los dos reinos fue constante. Especialmente los reinados de Roboam y Jeroboam fueron como una batalla continua entre ambos soberanos. Los filisteos, ganados y domados por David, no fueron ciertamente para los israelitas un azote tan terrible como antes; pero los arameos y Egipto y Asiria arrasaron sucesivamente un país no protegido ya por ninguna institución política ni militar.

Las tribus de Israel se separaron del reino centralizado en Jerusalén por su afición a la antigua vida libre, afición que no se prestaba a ninguna gran organización civil, militar ni religiosa, de modo que los primeros cincuenta años del reino separado de Israel son muy parecidos al siglo de los Jueces. No habrá en él, capital, ni ciudades importantes, ni sultanato pomposo, ni hacienda, ni templo central. El movimiento de separación de las tribus se habrá iniciado en Siquem, donde siguió residiendo Jeroboam. Su tribu Efraím significó en el reino del Norte lo que Judá había sido en el del Sur. Jeroboam hizo algunas edificaciones en Siquem, pero en nada podían compararse éstas con las de Jerusalén. Quizá viviera Jeroboam sus últimos años en Tirsa. Esta pequeña población, que durante cincuenta años fue la capital del reino de Israel, era tan poca cosa que no se sabe ciertamente dónde estaba situada.

El reino del Norte no era un terreno tan favorable como Jerusalén para el desarrollo de un sacerdocio y de una religión completa. Las fiestas eran muy primitivas, y la Pascua alcanzó escasísimo desarrollo. Pero el profetismo encontró un terreno excelente en estas costumbres tan poco diferentes de las antiguas. Los profetas habían sido contrarios al templo y favorables al cisma. En Betel y Silo había gran número de estos inspi-

rados, a los que veneraban mucho los pueblos. Se hablaba sobre todo de cierto Ahiah que había predicho la monarquía de Jeroboam y que fue famoso en los anales proféticos.

Al mismo tiempo que Jeroboam reaccionaba contra todo lo que habían hecho David y Salomón y volvía a poner las cosas en el ser y estado que tenían en tiempo de Saúl, Roboam intentaba sostener en Jerusalén lo que quedaba de la obra de su padre. El poderío de Salomón, más aparente que real, se desvanecía como un espejismo. Roboam luchó diecisiete años con esta decadencia. Suponiendo invasiones egipcias mandó fortificar todas las poblaciones de Judá, estableciendo depósitos de víveres y armas. Estas precauciones no tuvieron ninguna utilidad. El quinto año del reinado de Roboam (hacia 950) el rey Sesong, de Egipto, fundador de la dinastía XXII, que ya había mostrado su antipatía hacia el rey de Jerusalén, ofreciendo un asilo en los últimos tiempos de Salomón a Jeroboam rebelde, empezó una de aquellas expediciones a Siria cuya costumbre parecían haber perdido los reyes egipcios desde Ramsés. Las ciudades de Judá sufrieron el primer golpe. El rey de Egipto entró como amo en Jerusalén. No destronó a Roboam, pero se apoderó de los tesoros del templo, del palacio real y de los escudos de oro de Salomón depositados en el palacio del «Bosque del Líbano».

También el reino de Israel sufrió la invasión de Sesong. Fueron tomadas las poblaciones de Taanach y Megiddo. El egipcio, al volver a Tebas, hizo grabar en el palacio de Karnak algunas imágenes de esta campaña.

Cinco años después de morir Salomón fue humillada y mancillada con esto Jerusalén. Aquellos esplendores del templo y de los palacios, aquellas bellas obras conocieron la deshonra del contacto del vencedor. Roboam hizo substituir los escudos de oro por otros de cobre, y estas armas de adorno que utilizaban los *racim* cuando acompañaban al rey al templo se depositaron en el cuartel de los guardias, cerca de la puerta del palacio. La autoridad que el rey de Jerusalén había tenido más de tres cuartos de siglo sobre los países vecinos a Palestina puede decirse que cesó por completo. El poder del hijo de Salomón no existía ya a cinco o seis leguas de Jerusalén.

Pero de todas formas la causa real continuaba siendo poderosa, y en cierto sentido estaba mejor organizada que durante los dos primeros reinados. Roboam tuvo un harén de dieciocho mujeres. La reina preferida era Maaka, hija de Absalón. Su hijo Abiam fue nombrado jefe de sus hermanos y destinado al trono. Los otros veintisiete príncipes recibieron posesiones en varios distritos de Judá y de Benjamín. Las plazas fuertes en que vivían fueron como cortes pequeñas en las que se desplegó un lujo regio, con harenes semejantes al de Jerusalén. Probablemente se imitaría esta organización en los reinados siguientes, y debido a ello, desde el tiempo de Roboam, la corte de los reyes de Judá no ofreció los dramas terribles que habían ensangrentado los palacios en tiempo de David y Salomón.

Excluyendo el poderío exterior, el reinado de Roboam no difirió mucho del de Salomón. El movimiento profético fue casi nulo. La especie de

amplitud de espíritu, con algo de relajación moral que caracterizó los últimos años del reinado de Salomón, siguió con Roboam. El eclecticismo religioso llenó el país de lugares altos y cipos sagrados. Las cumbres de las colinas estaban coronadas por estos símbolos: los verdes bosquecillos ocultaban misterios que se suponían vergonzosos. Según los rígoristas, abundaban todas las impurezas cananeas, todas las aberraciones del amor.

Abiam, hijo de Roboam, reinó solamente tres años y estuvo siempre en guerra con Jeroboam. Se diferenció poco de su padre: tuvo como él un harén considerable y fue enterrado como él en la sepultura real de la ciudad de David. Su hijo Asa le sucedió. Jeroboam acabó también por entonces su carrera agitada y le sucedió su hijo Nadab en 932.